

obrajes, fraguas, sastrerías, panaderías, dulcerías, carpinterías, etcétera.

Una vez leído el libro *Hombres y letras del virreinato*, se consigue tener una visión completa de los primeros años de la Colonia, la vida virreinal, sus calles, su gente, sus tópicos, su música, entre otras cosas.

El libro, pues, resulta una buena invitación para introducirse y empaparse del mundo seductor que es el tiempo de la Colonia y su literatura.

PATRICIA MURILLO HERNÁNDEZ.

*Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM*

Gabriel González Mier. *Añoranzas del viejo solar carmelita*. Ed. Bulmaro Reyes Coria, Ciudad del Carmen (Camp., México): Universidad Autónoma del Carmen, 1993.<sup>1</sup>

Se dice que la literatura encierra todo lo que el hombre piensa o siente, pero me parece más fácil defender que todo lo encerrado en la literatura ha sido pensado o sentido por el hombre, pues no considero oportuno someter el universo a la literatura, sino ésta a aquél, aunque, por otra parte, una vez que se da la sumisión, se crea un mundo nuevo. Estos mundos nuevos, cada vez que surge uno, crean sus propias leyes, porque tienen su propio origen y sus propios fines. De estos mundos literarios, el uno puede tener la voluntad de enseñar; el otro, de recrear; un tercero podría buscar, a la vez, ambas cosas: enseñar y recrear, pero recrear, no en el sentido de diversión o frivolidad en ninguno de sus grados, aunque las incluya en abundancia, sino "crear otra vez algo ya antes creado".

Algunas realidades literarias, en especial las contenidas en las obras de recreación, a menudo se presentan de tal manera y con tal lenguaje, que difícilmente son creíbles, lo cual no significa inaceptables. Para ilustrar el caso, ¿cómo pudo saber don Gabriel González Mier, el autor de *Añoranzas del viejo solar carmelita*, que el señor don M, cierto antiguo jefe político de Ciudad del Carmen, llevaba ropa interior fina?, ¿lo suponía por su rango? Precisamente esto, que podríamos denominar "metarrealidad", inyecta al lector el deseo de otra realidad cotidiana diferente de la propia, que pudiera ser más gozable, o en determinados casos incluso más sufrible. Esa irrealidad realizable en la mente de cada

---

<sup>1</sup> El texto de esta nota, hoy ligeramente modificado para su difusión, fue leído en la presentación de la obra el mismo año de su edición, 1993.

lector es lo que hace valiosas las palabras de la literatura. De esta manera, para que los pensamientos o los sentimientos transformados en literatura puedan tener valor, es necesario que el lector haga reales los hechos narrados, o, simplemente, se convenza de que lo escrito es como si él lo escribiera, y de que el drama es un acto semejante a otro en el cual él participó, o quiere participar, como actor o como espectador, de tal modo que incluso al más angustiado de los seres que sufren, las letras pudieran devolverle, como al mismo desventurado autor, aunque sea momentánea y engañosamente, la vida perdida en apariencia para siempre.

*Añoranzas del viejo solar carmelita*, obra escrita precisamente por un carmelita, el licenciado Gabriel González Mier, hace ya medio siglo, es de esas obras que no sólo enseñan sino que también de algún modo recrean, o mejor aún, a pesar de que parezca lo mismo, que no sólo recrean sino también enseñan. En fin, que participa de ambas cualidades, sin que se pueda definir con toda seguridad si en ella predomina el género didáctico o el de la fantasía. Esta mezcla de géneros es la que nos lleva a pensar, por una parte, en el oficio del periodista, el cual narra hechos sucedidos fuera de su mente, y por otra, en el del cuentista, cuyos acontecimientos y personajes son producto de su capacidad imaginativa. La presencia del primero es la que convierte estas *Añoranzas* en un documento de carácter histórico; la ficción es ese elemento que permite al lector imaginarse lo que él quiera; pero esto último es lo que hace, no sólo a la nueva Ciudad del Carmen, sino a cualquier nueva ciudad, que desee vivir aquellas experiencias, forzosamente diferentes de las actuales. Por ejemplo, ¿a cuántos habitantes de tantas ciudades llenas de *smog*, no les encantaría ser invitados por el Chato Sandoval, personaje de estas historias, a disfrutar unas vacaciones, como las que él se procuró, en su casa árbol del bosque? Imaginémonos por un momento al pie de un árbol de cuyas ramas cuelguen “una hamaca, varias aves muertas y, como trofeos cinegéticos, una garza, un gaitán y un guaraguao con las alas abiertas [...] un succulento pargo y flamantes palometas”, y luego al Chato sacando de “su cajón”, pan de mesa y ciruelas silvestres de los alrededores de su casa árbol, a punto de prepararnos una torta de huevo de hormiga, olorosa y humeante.

Sin duda, esta crónica es fantástica en doble sentido: en primer lugar, porque está llena de relatos meramente imaginarios, como la muerte del sacerdote que fue lanzado de la torre por un demonio, a menos que, desde luego, este *cornutus et caudatus* tenga como referente, no a un ser del inframundo en llamas, sino, por metáfora, a cualquier mortal feligrés, de cuya simpatía el cura no gozara, y, en segundo, porque los

hechos reales de la vida cotidiana, la cantina, los marineros, las novias, la guitarra, los ricos, la religión, la hechicería, la diversión y hasta legendarios árboles comprometidos con la vida humana, están narrados de manera idealizada, a menudo con encanto, y como el autor mismo dice, citando a Justo Sierra, “vocalizando frases de amor”, “que aspiran a salvar del olvido la ingenua expresión de un regionalismo”. Fantástica descripción llena de gracia, a propósito de la fiesta del 16 de julio en el Carmen, es la de los músicos

que no pasaban de cinco, pero que valían por mil. Se les contrataba por horas, pero se les pagaba por metros cúbicos de estruendo. Había un director, que a la vez era primer clarinete, y clarinete que a la vez era batuta. La tal dirección sólo servía para dar la señal de amartillar instrumentos y de marcar los primeros compases, pues una vez que los ejecutantes rompían el fuego, cada uno se lanzaba por las pendientes de sus propios impulsos, sin que hubiera poder capaz de detenerlos.

Durante muchos años y hasta el presente, nada feliz había sido la vida de este libro que apenas la Universidad Autónoma del Carmen edita. A la muerte de su autor, acaecida en 1955, según nos cuenta su sobrina bisnieta doña Edna Macossay de Velázquez, la riquísima biblioteca de aquél, junto con otros libros suyos inéditos, pasó a una Universidad de allende la frontera norte (como de cuento), y que, felizmente, la vendedora pensó que las *Añoranzas del viejo solar carmelita* serían de interés solamente para los “paisanos” de su padre, y seguramente con ese pensamiento los conservó ocultos. Después, simplemente desaparecieron entre muchos otros objetos viejos.

Por fortuna para nosotros, en 1949 don Gabriel envía, a Ciudad del Carmen, el duplicado de la obra, el cual, por extrañas vicisitudes, para no hablar de azares del destino, también anduvo perdido alrededor de cuatro décadas. Cabe mencionar que la edición se hizo precisamente a partir de ese duplicado, ya bastante aminorado y deteriorado.

Su autor, que pusiera letra al vals *Sobre las olas* y que en su juventud se enfrentara valientemente al sistema porfirista, cuando, para honrar a don Sebastián Lerdo de Tejada, pronunció en presencia de don Porfirio mismo su famosa *Oda a Atenas*<sup>2</sup>, el 13 de mayo de 1889, la cual es una arenga al pueblo mexicano a sacudirse el yugo de la dictadura, su autor, digo, en sus *Añoranzas* recoge el pensamiento y el sentimiento de sus

---

<sup>2</sup> Publicada en *El espíritu público*, Campeche, lunes 21 de noviembre de 1955, y *Diario de Yucatán*, domingo 21 de agosto de 1955.

coterráneos, con tal maestría, que el lector corre el riesgo de confundirse y quedar atrapado por el deseo de vivir esta experiencia en este nuevo mundo literario, en el que a veces hay enseñanza, a veces recreo, y a veces enseñanza y recreo.

BULMARO REYES CORIA

*Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM*

Francisco Zarco. *Obras Completas. XVII. Literatura y variedades. Poesía. Crítica literaria*. Ed. Boris Rosen Jélomer. México: Centro de Investigación Científica Jorge L. Tamayo, 1994.

Se sabe que Francisco Zarco —en un período de silencio obligado, cuando el presidente Comonfort mandó cerrar el periódico *El Siglo XIX*— se dedicó a preparar la edición de sus obras completas bajo el siguiente orden: 1. Ensayos morales y descriptivos, 2. Ensayos biográficos, 3. Artículos de costumbres, 4. Crítica y 5. Artículos políticos y ensayos polémicos. Sin embargo, es hasta ahora, a más de 120 años de su muerte que se publica su basta producción periodística.

Las *Obras completas de Francisco Zarco*, editadas por el Centro de Investigación Científica Jorge L. Tamayo, recoge en 20 volúmenes (los primeros ocho aparecidos en 1987 y los últimos en 1994) toda su obra, que en su mayoría se hallaba dispersa en publicaciones periódicas de la época.

Los tomos del I al VIII, del X al XII y del XV al XVI recogen su “Periodismo político y social”; el primero incluye los editoriales que escribió para *El Demócrata*, periódico de corta vida que él mismo fundara en 1850 y en los subsecuentes, los que publicó durante casi 20 años (1851-1868) en *El Siglo XIX*, uno de los periódicos liberales más importantes de esa época, al cual siempre estuvo ligado.

Los artículos que conforman el “Debate en el Congreso Constituyente 1856-1857” se reeditaron en el volumen IX; el XVIII selecciona los discursos e intervenciones de Zarco en los tercero, cuarto y quinto Congresos Constitucionales, donde él ocupaba una diputación.

La recopilación de los artículos periodísticos que escribiera durante los años de su exilio en Nueva York se encuentran en los volúmenes XIII y XIV. El primero correspondiente al período 1865-1866 y el segundo al de 1866-1867, en ellos trata de asuntos internacionales, así como de la política interior y exterior norteamericana.